

## EL PROBLEMA DEL MAL

### Testimonio de Job \*

ANGEL GONZALEZ

#### 1. LA SOMBRA DE LA VIDA

El mal es un ingrediente indefectible de todo lo que en el mundo hay y acontece. Está como dato seguro en cualquier página de la historia humana y en la vida de cada persona. Se presenta adherido, como congénito, a las cosas y le llamamos mal natural; salta de la acción libre de los hombres y le llamamos mal moral; se interpone en la relación del ser humano con su fundamento trascendente y es el mal en el sentido religioso. Está tan presente en todo que parece una sombra necesaria del luminoso cuadro de la vida.

El hombre tomó conciencia de ese dato en el momento en que supo escuchar sus propios gritos. Y desde que fue capaz de expresarse con signos duraderos, dejó documentadas sus preguntas sobre esa severa realidad. ¿Por qué el mal? ¿De dónde viene? ¿Hasta cuándo? Interrogantes dolorosos, que se vienen haciendo desde siempre y que se oirán también mañana.

Las antiguas mitologías, sabia palabra que conjuga experiencia e intui-

(\*) *Nota bibliográfica:* Alonso, J., *En lucha con el misterio* (Santander 1967); Alonso Schökel, J.-Ojeda, J. L., *Job* (Madrid 1971); Baeck, L. y otros, *La hora de Job* (Caracas 1970); Dubarle, A. M., *Los sabios de Israel* (Madrid 1959) 69-110; García de la Fuente, O., 'La prosperidad del malvado en el libro de Job y en los poemas babilónicos del «Justo paciente»', en *Est Ecl* 34 (1960) 603-16; González de Cardedal, O., 'Job o la permanencia en la fe sin teología', en *Elogio de la Encina* (Salamanca 1973) 159-83; González Núñez, A., 'Job el enfermo', en *Concilium* 119 (1976) 351-57; Lacan, M. F. y otros, *Mensaje espiritual de los sabios de Israel* (Madrid 1969) 179-200; Lévêque, J., *Job et son Dieu* (Paris 1970); Rad, G. von, *La Sabiduría en Israel* (Madrid 1973) 245 ss., 266 ss.; Zimmerli, W., *Manual de Teología del Antiguo Testamento* (Madrid 1980) 187-90.

ción, lógica y creencia religiosa, dieron pronto respuestas radicales a las duras preguntas. Algunos pusieron el mal que reina en el mundo en la cuenta de los dioses. El hombre creado por ellos se habría visto atrapado en el fragor de sus batallas, víctima de la malevolencia de algunos o arrastrado en la rueda del destino que maneja todas las cosas. Otros vieron salir el mal de la cuna misma del hombre, inherente a su condición: Un espíritu que, al encarnarse, quedó atado, prisionero de un cuerpo. Otros, en fin, tomaron también nota de la responsabilidad del hombre libre.

Desde esos diversos presupuestos, las religiones han definido el mal del mundo como situación de perdición, de la que sólo lo pueden librar los dioses salvadores. Las filosofías de todas las edades han pretendido entrar racionalmente en la profundidad de ese enigma y domesticarlo por el conocimiento. Las ciencias intentan remediarlo en los aspectos empíricos que están a su alcance.

Se diría que ese originario o advenedizo principio de muerte en la vida ha sido ya contemplado desde todos los ángulos, unos convencionales y teóricos y otros operativos y pragmáticos. Pero el mal sigue ahí, aunque tan viejo como el hombre, siempre nuevo para el que tiene que enfrentarlo.

El tratamiento teórico del mal no llevará mucho consuelo al que sufre. Para éste es más urgente la liberación que la explicación. El mal natural hay que prevenirlo y curarlo; el mal moral hay que evitarlo, en una convivencia humana basada en el respeto y en la ayuda a los demás; el mal religioso hay que tratarlo mediante la armonización de la persona con su principio y su destino. ¿En qué medida está en las manos del hombre la salud de su cuerpo y la de su espíritu, la paz consigo mismo, con los otros hombres y con Dios? ¿Qué se puede decir del mal y qué cabe hacer con él?

La Biblia es un buen documento para contrastar estas preguntas. En la literatura universal no será fácil hallarle paralelo en punto a conocimiento del mal, tanto experimental como reflejo, así como a inquebrantable voluntad e insobornable esperanza de vencerlo. Concretamente hay allí un libro, en el que el mal despliega un protagonismo pavoroso y en el que el hombre se bate con él a vida o muerte. Es el libro de Job. Las caras que muestra el mal en él son más que suficientes para arrancar las preguntas que siempre se le han hecho. ¿Qué aportan las experiencias de Job y sus preguntas para aclarar o dar razón de esas sombrías laderas de la vida? ¿Qué actitudes impulsan y qué acción recomiendan?

## 2. EL HOMBRE ENVUELTO EN EL MAL

El libro bíblico de Job pertenece a la corriente sapiencial, género de talante humanista, en un contexto dominado por el sello sacerdotal y el

profético. La empresa sapiencial quiere al hombre al timón de su navío, encarando los vientos que en el curso de su realización encuentra en el mundo. El libro es fruto maduro de ese género. Se escribió en el siglo v a.C., cuando el proyecto sapiencial tenía ya en su haber logros notables y había palpado también sus limitaciones y fronteras. La amarga experiencia del desierto no era ajena a esto último.

El libro de Job es uno de los ecos de la sabiduría en crisis, cuando las luces de los sabios no iluminan las sombras que oscurecen la existencia, o porque no dan razón de sus enigmas o porque carecen de flexibilidad para enfocar los interrogantes que plantean las nuevas situaciones. El supuesto tradicional de que en el mundo reina un orden sustentado por Dios y la explicación que dan los sabios al problema del mal no son suficientemente convincentes, a la vista de tanto desorden y a la hora en que el individuo emerge de la colectividad con planteamientos imprevistos.

El tema del libro es el mal; no, por supuesto, el mal abstracto, en conceptos, objetivado y sin rostro, sino el mal sufrido por un hombre. Está claro que Job no es un caso singular, sino un arquetipo de todos los que sufren, si es que eso no es lo mismo que decir del hombre universal. Job es una introducción al sufrimiento de todos los seres humanos.

Otras literaturas sapienciales crearon también su prototipo de humano doliente, de rasgos semejantes a la figura bíblica de Job. Pero éste es, sin duda, la versión más impresionante del arquetipo universal.

El tema del mal sufrido, el mal como cosa vivida, parte de un ser de carne y hueso, se estructura en el libro de Job en tres momentos: Un prólogo que presenta los personajes envueltos en el drama y dibuja la situación; un cuerpo central poético, en el que el grito de guerra de Job desencadena un diálogo tenso entre los diversos personajes, incluso Yahveh, con otras tantas perspectivas sobre la constelación de los problemas que suscita el sufrimiento; y un epílogo en el que Job es rehabilitado, restituido a su integridad, más rico que nunca antes.

El dinamismo dialógico permite exponer cuanto en el plano teórico los sabios supieron decir sobre el mal. Pero seguramente lo que el libro pretende sugerir es qué hacer con él, esperando más resultados de las actitudes y acciones que de nociones doctrinales.

El mal se apodera de Job y le copa el terreno por la vía de la privación, despojo y desintegración de una integridad que incluía muchos bienes, precisamente los que dan a la persona el peso completo y cabal. Cuando esos bienes le son arrebatados, su integridad se desmorona.

La leyenda presenta a Job como un respetable patriarca oriental, rico en los bienes de un nómada, rodeado de una familia numerosa y feliz, rebo-sante de vida y de salud, hombre honrado y justo, renombrado y querido

en todos los contornos. Sus bienes son para él y para quienes le conocen señal de bendición: Dios es «un íntimo en su tienda». Ese peso de cosas hacen realmente de Job el prototipo del hombre completo y cabal.

Pero alguien sospecha, de pronto, si tanta honradez como se dice lo será de verdad, o si la piedad de Job será interesada, cultivada únicamente por los bienes que acarrea. ¿Seguiría ese hombre bendiciendo a Dios, si se viera nadando en males? Para aclarar esa sospecha Job deberá probar cuál será su actitud en el desnudamiento de los bienes que motivan su bendición.

El mal ataca su fortaleza desde fuera, le abre brechas y penetra en su interior. Primera es la privación de las posesiones, luego la muerte de los hijos y, como remate de esta fase que no es más que el comienzo de los males, el desmoronamiento de su cuerpo. Pese a tantas desgracias, Job no se viene abajo, sino que se mantiene erguido entre las ruinas. No deja de bendecir, ni siquiera cuando su mujer le insinúa que lo lógico desde el mal es maldecir.

Pero, al fin, la ausencia de toda solidaridad con su actitud y con su suerte llega al límite de lo soportable, cuando sus amigos, en vez de consolarle, se quedan a distancia, en sospechoso silencio. Job termina estallando en un grito, como el del animal acorralado. ¿Por qué se le abrió la puerta de entrada a semejante existencia y se le cerró la de su salida? Ese grito inconformista transforma el silencio de sus consoladores en descarada acusación: El sufrimiento de Job es un castigo, como el que Dios impone a los malvados. Ese implacable veredicto le despoja ahora de sus bienes mejores: su honradez y la bienquerencia de Yahveh.

¿Qué le queda a Job de todos los bienes que integraban una personalidad de tanto peso? ¿Qué hará con el duro mal que se ha adueñado de lo suyo, y que le asedia por todas partes y en todos los niveles? ¿En qué luchas se meterá, forzando una salida?

Por un momento parece que Job está en condiciones de asumir todos los males, sin que su personalidad se desmorone. Pero esa desproporción y falta de medida, ese desafío a todo orden y razón y ese atropello de todos los valores de la vida sublevan al hombre moral. Al borde de la capacidad de resistir y sin nadie ni nada que desde fuera mitigue su dolor, Job estalla en preguntas. Como acorralado en una existencia angustiosa y zarandeado en ella por el torbellino del dolor, Job se bate entre la doctrina que quiere explicar y la realidad inexplicable, entre el abatimiento y la rebelión, la capitulación y la esperanza, la nostalgia de lo que fue y el hastío de lo que es, el desafío y la sumisión, la adoración y el insulto, la blasfemia y el himno.

### 3. LAS PREGUNTAS QUE MIRAN HACIA ATRAS

Ante el mal y desde él se pueden adoptar diversas actitudes y hacer muchas preguntas. Las preguntas del hombre que sufre van en todas las direcciones. En las súplicas de los salmos abunda el *por qué*, que mira hacia atrás, inquiriendo la razón, buscando el origen; y el *¿hasta cuándo?* que mira hacia adelante, intentando acortar la duración, urgiendo la salida. Si lo segundo es lo importante, también tiene importancia lo primero, que busca aclarar la calidad del sufrimiento ante sí y ante los otros.

El Job que asume en paz la caída de su fortaleza no da lugar a que el mal se convierta en problema. Pero el Job del cuerpo del libro, desmoralizado y saqueado, pregunta y reclama justicia. Su grito interrogador empieza a ras de tierra y se remonta hasta el cielo, arremolinándose obsesivo en torno al *quién* y al *por qué*.

Las respuestas de los amigos no aminoran su mal; al contrario, lo agravan, despojándole de los bienes que aún tenía. Por lo demás, ¿qué explicación podían darle, mirándole, como lo hacen, desde fuera? El sufrimiento tiene siempre algo de original e irreplicable que el ojo del que mira desde fuera no puede comprender. Ni tan siquiera el que lo sufre sabe a dónde le llevará.

La leyenda señala, como sin darle importancia, que la pérdida de los bienes y la muerte de los hijos obedecen a causas conocidas, naturales y humanas, tan normales como lo son el rayo y el huracán o las razzias de grupos nómadas. Pero al lector se le informa, como si todo eso no contara, de la causa profunda que hay en juego. Detrás de los males de Job está el satán, como también en la enfermedad que deja su cuerpo en una llaga de la cabeza a los pies.

Pero el satán es una creación convencional que no soluciona nada, si no es solución poner en evidencia la complejidad de los personajes que actúan en el drama. ¿No es el satán desdoblamiento de sus varias facetas? Todos tienen, en efecto, componentes satánicos de malevolencia y desconfianza. Job no sabe de esa figura ni cuenta con ella en su camino. Pero tampoco le sirven como explicación las causas naturales. Estas tienen que obedecer a razones profundas. Para Job no cabe duda de que detrás de sus males está Dios. Con todo, también desde los males se puede bendecirle, igual que desde los bienes.

La actitud de Job cambia de tono y de paciente se hace impaciente, cuando los que en principio debían consolarle se quedan a distancia, suspicaces y horrorizados. La retirada de los signos de la humana amistad deja a Job sin las señales de la amistad de Dios, completamente a oscuras, débil en su integridad. En esas condiciones, ya no es capaz de bendecir; sólo de interrogar.

Los amigos sentencian que Job es una víctima culpable, un pecador severamente castigado. Según toda la tradición y sus propias doctrinas, el sufrimiento es un castigo que señala a un culpable. El dogma de la retribución decide que el Dios justo corona de bienes a los buenos y cubre de males al malvado.

Cierto, una fe que se sustenta sobre razones tan cercanas lleva en sus mismas bases el riesgo de la crisis. La experiencia no tiene pruebas suficientes de justos a los que va bien y de malvados a los que va mal. Normalmente lo que más abunda, aunque escandaloso y molesto, es lo contrario. Job no admite que esa doctrina dé razón de su sufrimiento: él no es un malvado, sino un justo. Si la sabiduría no ha considerado aún ese supuesto, debe hacerlo ahora: existen justos que sufren. Y este justo rebelde se enzarza en interminable discusión con unos sabios, que no admiten ni que exista un justo ni que sufra un inocente.

La postura de Job plantea graves problemas y crea incomodidad en medio del orden asentado. Lo que él pone en entredicho es una vieja doctrina, y la autoridad que él discute es la de los sabios que la guardan. Job señala en esos sabios de todas las edades uno de los más activos principios del mal que asola el mundo.

Malos teólogos que identifican a Dios con las doctrinas con las que luego manipulan a Dios y a los hombres; malos juristas que se arrojan la defensa de Dios a costa de los hombres; malos moralistas que aconsejan conductas por interés: con respecto a ellos estaría justificada la sospecha del satán; malos sabios que pretenden ser muy lúcidos ante el que está ofuscado de dolor y muy maestros de sufrimientos, cuando son ellos los causantes de los más dolorosos; malos pastores que provocan la desesperación y la rebeldía del que sufre; y, en fin, malos amigos que traicionan al hombre en nombre de cualquier doctrina o pretexto, que esconde, en realidad, su egoísmo.

Con el dato de su inocencia, Job descalifica una doctrina y unos procedimientos, que ni dan razón de los problemas ni son justos. El Job aferrado a su doctrina no debe ser malentendido, como un fariseo que se hace a sí mismo justo. Job es sencillamente el portador de una causa: la causa de inocente que padece. Por lo demás, existe un criterio por el que se puede enjuiciar la justicia de un hombre: Job cumple las condiciones que la piedad del pueblo entiende y estima que merecen la bendición de Dios y de los hombres.

Mis pies pisaban sus huellas,  
seguían su camino sin torcerse;  
no me aparté de sus mandatos  
y guardé en el pecho sus palabras

(Job 23, 11 s.).

Pero, ¿qué signos ofrece esa bendición, en una existencia en la que hay sólo males? Al no admitir una culpa que explique el *quién* y el *por qué* de su sufrimiento, y sin que él tenga, por su parte, una doctrina de recambio, Job produce un vacío de explicación y abre una fisura muy incómoda en la imagen del mundo y en el ordenamiento que reconocía un sentido a la vida. Job no tiene ninguna duda de que sus males provienen de Yahveh. El es quien «soltó la cuerda de su arco» y quien «le devuelve a la muerte». De él provienen los bienes y los males. Pero, ¿por qué el mal del inocente?

La deducción que hace Job es aparentemente impecable. Si él es inocente, entonces es Dios quien falta a la justicia y no es fiel a la bienquerencia que debe a sus creaturas. Con ello plantea un grave problema teológico, que para él se convertirá en pavoroso problema existencial: su dolor es más insoportable y cruel que todos los otros dolores.

Job pone en contra suya la doctrina tradicional y a todos los que la sustentan. El aferramiento a su justicia le deja en completa soledad, hasta sin Dios. Sería más soportable el reconocimiento de la culpa, antes que desembocar, con ese furioso titanismo, en la injusticia de Dios. Si Dios crea el mundo por el placer de destruirlo, entonces lo mismo el mundo como Dios dejan de ser inteligibles. Si Dios no hace justicia, las bases en que se apoya la vida se desploman. Si, como dicen los mitos teogónicos y gustan de repetir los credos populares, Dios creó este mundo como es, sucio y lleno de mal, de arbitrariedad y de injusticia, ¿hacia qué lado y a quién se volverán los ojos del que sufre?

Tasado y sufrido con esa gravedad, el mal es una tiniebla que arrebató toda la luz; la existencia dominada por él es una cárcel más dura que la muerte. ¿Qué instancia es competente para entender de esa causa? Después de haber puesto en la cuenta de Dios todos sus males, sus preguntas y sus acusaciones se dirigen obsesivamente hacia esa última instancia. ¿Es efectivamente Dios quien crea tantos males? ¿Por qué, si es poderoso, no limpia el mundo de esa escoria? ¿Cuál es el rostro de Dios?

Los presupuestos que se esconden detrás de esas preguntas son principios ambiguos, fundamentos de barro, que encierran tendencias evasivas. Buscan la coartada a la responsabilidad de vencer el mal y de evitarlo.

¿Por qué no enfocar el mal realista y humildemente en las causas naturales y humanas, como hace desde un principio la leyenda de Job? ¿Por qué imaginarse que Dios hizo el mundo como es, en lugar de ver que está haciéndolo como tiene que ser? ¿Qué significa, sino, y de dónde viene esa fuerza y esa exigencia que hay en él de ir hacia el bien en plenitud? ¿No es en la voluntad y en la esperanza de superar todos los males en donde se descubre cada día la acción creadora de Dios?

El despojo de Job no es obra de Yahveh. Yahveh tiene un alivio: está

con él en su lucha con el mal y cuando descarta el dominio de éste como la última palabra. Aunque para Job el mal se haya instalado en la misma imagen de Dios, hasta ahí luchará contra él con la fuerza de Dios.

Pero, a todo esto, la atención está cambiando aquí de dirección. Quizá es eso un indicio de que las preguntas sobre el mal no deben detenerse entorno al *quién* y al *por qué*. Tienen que abrirse prontamente al *¿hasta cuándo?* y orientarse decididamente hacia la superación. ¿Para qué sirve el mal? ¿Qué cabe hacer con él?

#### 4. MIRADA HACIA ADELANTE

Las preguntas que miran hacia atrás no tienen gran éxito en Job. Los personajes del drama endurecen sus posiciones y se anclan en ellas. Yahveh, tan presente en los discursos, parece, en realidad, estar ausente. Se constata que en niveles empíricos el mal puede venir de todas partes. Pero su última procedencia y razón no llegan a aclararse.

Lo cierto es que el mal está ahí, dato desafiante, reclamando algo más que explicación: la efectiva erradicación. Job desnudo de sus bienes, triturado en su cuerpo y atormentado en su espíritu, es un clamor viviente que pregunta *¿hasta cuándo?*, mientras lucha para forzar una salida de su infierno. Su movimiento empuja hacia adelante. Su primer logro y servicio es poner en evidencia una doctrina utilizada para tiránica opresión, aún a costa de caer él mismo en su trampa.

Los amigos de Job ponen también un ojo, razonablemente, en la salida de sus males. A eso va su consejo de que deje de lado su justicia y dé la razón a Dios. Así Dios le devolverá los bienes que tenía y convertirá su llanto en gozo. Pero, ¿qué es eso, sino una tentación para que Job traicione la causa que había asumido? Y ¿qué conversión sería esa, que va hacia Dios únicamente en busca de los bienes? ¿No era la piedad interesada la razón de la sospecha del satán? ¿Puede la hipocresía del consejo y de la conducta que inspira armonizarse con la dignidad de la persona y con el honor de Dios?

El cuarto de los amigos, Elihu, tardío e inesperado, enfoca el sufrimiento desde el ángulo de la finalidad y sugiere a Job que ante él se pregunta *¿para qué?* Y no es que su argumento, que, según él, escapó a los ancianos y a los sabios, vaya a tomar ahora a su cargo la defensa de Job. Su objetivo es igualmente la defensa de Yahveh y Job blanco de sus ataques. Sólo el razonamiento le distingue de sus amigos.

El sufrimiento, aconseja, debe aprovecharse como amonestación ante el peligro; su finalidad es precaver de un mal mayor. Y si es una disciplina



que busca enseñar a vivir, no se lo debe leer como señal de malquerencia de Dios, sino de su benevolencia educativa. En último término, el sufrimiento tiene razón de medio en la providencia creadora. Dios no busca el mal del que sufre, sino su salvación.

Esa finalidad disciplinaria cuenta, en todo caso, con que Dios es el causante de los males, aunque sea por un buen fin. ¿Cómo podrá entenderlo el que sufre? ¿Se da Job por conforme con esa imagen de Dios? ¿Por qué, para librar a alguien de un mal, ha de infligirle otro?

Pero la más deliberada clave de lectura del sufrimiento de Job se da en el prólogo del libro: es una prueba. Job debe pasar por esa prueba para verificar que su justicia es sincera y no la de un oportunista, que juega a ser justo por interés. La sospecha atribuida al satán representa la de los personajes reales de la historia. Es su traducción en dimensiones trascendentes. También en esa perspectiva se le dice al lector que Dios tiene a Job por justo y que apuesta por él. Pero, a fin de eliminar toda sospecha, le somete o le deja pasar por esa prueba. En definitiva, se viene a decir que el sufrimiento es una coyuntura aprovechable para poner a la vista el temple de un justo.

Cierto, una prueba así no es un juego, sino un trance verdaderamente pavoroso. El espectador introducido en el secreto de la trama se queda en suspenso, preguntando qué hará Job con el sufrimiento. ¿Dará la razón a Dios que cree en él o se la dará, por el contrario, al desconfiado satán? Pero si para el lector está el dramatismo en el resultado de la apuesta, para Job, que no sabe de ella ni tiene que saberlo para que funcione como prueba, el drama está en el mismo sufrimiento, esa terrible realidad poderosa y oscura, sin alivio de apostador ni de espectadores comprensivos.

El sufrimiento de Job tiene su cima en el eclipse de Yahveh. Esto da a sus otras pérdidas la última gravedad. Por eso Job llevará su guerra en la dirección de ese Dios, oculto y callado, que no guarda a sus creaturas la fidelidad de creador. Si en definitiva es él la clave de los males, es comprensible que en su batalla Job se juegue con él el todo por el todo.

Invirtiendo el supuesto de que el mal es un lugar en el que Dios prueba al hombre, ¿no podría éste, a su vez, probar a Dios en ese mismo lugar y aclarar así en su raíz la misteriosa oscuridad que todo lo entenebrece? Si se espera que en el sufrimiento el hombre dirá lo que es y pondrá su verdad boca arriba, ¿no forma también parte de ello que ahí mismo quiera él aclarar la autenticidad de cuanto le atañe, incluyendo la imagen de Dios, cifra de su suprema incumbencia? El sufrimiento sería el crisol en el que el hombre es probado, pero también en donde él lo prueba todo. Crisol pasivo y activo, en el que el hombre, además de mostrar lo que es, madura y se hace, y en donde discierne lo que vale y descubre lo auténtico.

En los discursos de Job se deja entender que su espíritu es incapaz de armonizar el Dios que le impone la doctrina con el que él conoció como un «íntimo en su tienda» y que sigue siendo aún ahora horizonte de su esperanza. En la imagen de Dios se ha producido una fisura. O un desdoblamiento que suena a satánico. El destructor de sus creaturas, el que les escatima o les niega su justicia y las condena, es una caricatura inadmisibile del Dios creador y salvador. Con ese ídolo de barro los doctrinarios de la hora, borrachos de ortodoxia, ejercen en el mundo la tiranía más eclavizante e inhumana. Job cae también en su trampa, pero no como un doctrino, sino como un rebelde.

A ese ídolo Job le discute la bondad, la sabiduría y la justicia. En realidad le viene a tratar como a un demiurgo, en connivencia, si no identificado, con el mismo satán. Job no conoce al satán, pero descubre algo de él en ese ídolo, creatura nacida del fanatismo pecaminoso de los hombres. Y, quizá sin saberlo, en realidad está luchando por desenmascararlo y destruirlo. Había caído en el equívoco de suponer que eso era Dios y habló de él con un atrevimiento insultante. Pero, ¿no era que la hora del sufrimiento necesitaba la verdad? Cuando, por fin, venga a su encuentro el Dios vivo, le pedirá perdón de haber hablado de él por «conocimiento de oídas». En realidad, lo que conocía era el ídolo, que se interpone entre el hombre y Dios.

Aclarar la imagen de Dios, poniendo en evidencia al satán suplantador, era tarea urgente y paso decisivo en la victoria sobre el mal. El sufrimiento empujó a Job a esa batalla, en la que se juega la última verdad y se gana o se pierde la vida. En la noche oscura decidió que ese no era lugar para quedarse, sino arena para forzar la gran victoria. Le asistió el recuerdo del Dios que un día conoció como amigo. No le había dejado del todo. Más aún, se le insinuaba como el testigo que podía hablar en su favor, como su defensor y redentor.

En su dura batalla Job se enfrentó con el mal en sus niveles más profundos, el que está camuflado en la hipocresía de los hombres y el que ha llegado a initalarse, recargado de dimensiones de infinito, en la imagen de Dios. Pero ésa era para él la batalla de la vida. Vivir es sostenerla, y sostenerla es aspirar al título de persona madura y cabal. Job alcanza ese título ante cualificado tribunal. Dios dijo que había labrado bien en él.

En Job el activismo humano se confiesa, con todo, incapaz de vencer todo el mal y de asumir todo el sufrimiento. Job es el hombre luchador, que ha tomado conciencia de su límite. Esa experiencia de la hora de recuperar el sentido del misterio. Acostumbrarse a aceptarlo y a vivir conscientes de él es operación que humaniza. La realiza el que desciende a grandes profundidades por la línea del sufrimiento ante el mal o por la línea del gozo ante el bien. Por esos dos caminos Job llegó hasta Dios, o Dios vino hasta

él. El misterio, aún el del mal, puede dejar de ser para el hombre desesperante y opaco, para hacerse transparente, lugar de fecunda esperanza.

## 5. ITINERARIO DE JOB

En el prólogo de su libro Job se sitúa sin luchar por encima del mal y no le da la oportunidad de convertirse en problema. Job completa su itinerario en el bravísimo tiempo que precisa para hacer su proclamación:

Desnudo salí del vientre de mi madre,  
desnudo volveré allí.  
El Señor dio, el Señor quitó:  
Bendito sea el nombre del Señor

(Job 1, 21).

La desnudez, en este momento, no es despojo, sino aceptada condición. El vestido es un aditamento que el hombre se pone, en el camino que media entre el seno terreno de la madre y el seno materno de la tierra. Pero tanto allí como aquí la desnudez es la verdad de la persona, y, a la hora de la verdad, no cuenta lo que uno tiene o se pone, sino lo que uno es. El Job que bendice a Dios está sin bienes, pero es tan rico en su ser que tiene que traducirlo en bendición. Los males no le han podido ocultar al creador. Aunque parezca y sea un acto heroico este de Job, todos los hombres superan el mal o muchos males con esa agilidad.

Pero igualmente universal y cotidiana es la lucha crujiente, interrogativa y rebelde, con esa dura realidad. El cuerpo del libro de Job pintó plásticamente la odisea que lleva a todos los hombres desde la primera hasta la segunda desnudez. Es la odisea de la vida. En ese camino de guerra y laboría el hombre puede adquirir el temple necesario para acabar en la misma cima bendiciendo. El Job afeado en la dureza de su recio vivir no desmerece en modo alguno del reconocido al principio como hombre justo y cabal. Bien al contrario, le aventaja. En realidad, el paciente Job no es el del prólogo, que puede decir sin lucha «Bendito sea el nombre del Señor», sino el que ha ganado la paz, después de haber dado la cara en todas las batallas.

La bella imagen inicial no es verdaderamente un punto de partida, ni para Job ni para nadie, sino una meta de llegada. Se la sitúa por delante para que cumpla la función que cumple el paraíso delante de un caos, del que hay que sacar un mundo-creación y una humanidad. Es adelanto artificial, como el de la maqueta de una construcción. Pero el artificio encierra la densa realidad de un proyecto y de una esperanza. El paciente Job y el

paraíso son expresiones de esa realidad, con claro valor de guía y potente fuerza de reclamo. Para llegar hasta ahí hay, sin embargo, que pasar por el valle de lágrimas.

¿Por qué ese forzoso camino de dolor y duro desnudamiento? ¿No hay un camino alternativo? ¿O es, acaso, mejor el Job del final que el del principio?

Acabamos de ver que el principio es convencional; o más exactamente, es un final adelantado. Pero, aparte de ello, se dice de Job que a la postre recibió duplicadas todas las cosas que tenía. Seguramente que tal duplicación no debe entenderse en sentido cuantitativo, sino cualitativo. Lo que poseía el primer Job tenía el signo de lo perdible. Lo que recobre el segundo suena a seguro y eterno. Se diría que es todo verdadero, sin vulnerabilidad por ningún flanco. Todo ha sido pasado en el crisol, los bienes, los hijos, los amigos, el buen nombre y la imagen de Dios. ¿O es que lo nuevo está enteramente en el poseedor y en el modo de poseer? Job lo ha ganado todo en sus luchas y todo le fue concedido como don.

En su solitaria lucha Job no eludió ni las preguntas que miran hacia atrás ni las que miran hacia adelante. Por eso logró dar el salto infinito, que va desde el grito al silencio, del escándalo a la comprensión, del despojo a la suma riqueza, de la absoluta soledad a la perfecta compañía, de la guerra a la paz, de la autojusticia a la justicia que Dios reconoce y otorga.

¿Qué significa todo eso? Estamos observando que el hombre Job no sabe resolver el asunto del mal sin llevarlo delante de la última instancia. En su paso por el valle de lágrimas, le vemos que va seleccionando objetivos y reajustando el campo de su lucha, para terminar obsesivamente poniendo los ojos en Yahveh, como si él fuera la clave de todos los males que le afligen y de todos los bienes que espera. El libro se estructura también en base al *crescendo* en la dirección de esa cima. El discurso de Yahveh asume todas las otras perspectivas y con la suya señala la tornante que lo hace ver todo en otra luz.

El discurso de Yahveh guarda escrupulosamente las reglas del juego sapiencial. Pero, en lugar de meterse en la trampa de una discusión que ya tiene cerradas las salidas, introduce elementos nuevos, que orientarán la atención en otras direcciones. Yahveh traslada a Job del terreno de la justicia al campo de la comprensión y, en lugar de responder a sus preguntas, toma él la iniciativa que le corresponde como Dios. Yahveh somete a Job a un interrogatorio, que le dará una imagen nueva del mundo, de Dios y de sí mismo.

Primero le lleva a un encuentro con el mundo, el libro en el que los sabios aprenden a leer. Ahora es Yahveh mismo el que le enseña a leer y lleva por él a Job haciéndole de guía. Sus preguntas le hacen ver aspectos

nuevos, que a él le habían escapado. Lo enigmático, lo sorprendente, lo gratuito que descubre, llevan también a Job al reconocimiento de su límite.

En ese mundo que Dios le hace conocer está el mal, lo imperfecto, lo inacabado e incompleto. Pero no porque lo haya querido así un demiurgo, sino porque las cosas y los seres son así, y hay que reconocerlas y respetarlas como son. Quererlas es empujarlas para que lleguen a su cima por la correspondiente línea de su ser. ¿No es ésto la creación? Job termina por reconciliarse con el mundo, encontrando en él el hogar cálido, en que es posible vivir.

Pero esa nueva imagen del mundo no es independiente de la nueva imagen de Dios. Dios es quien lo hace transparente. ¿O es el mundo el que se hace transparente y deja ver a Dios de otra manera? En todo caso, Yahveh se ha acercado, para encontrarse con Job; y éste ya no podrá decir que está mudo o que rehuye el diálogo. Más aún, su iniciativa arrebató a Job sus argumentos.

Pero lo más importante del discurso de Yahveh es el hecho mismo del discurso, el dato de su fanía. Cuando él viene, desbanca a los ídolos que los hombres se habían hecho. Aquí el ídolo de los sabios y el de Job. El Dios creador no es el que hace el mundo malo ni el que se divierte en destruir lo que creó. El reconoce y respeta el ser de cada cosa y lo explica con cariño. El no aniquila a los hombres ni les discute su justicia. Al contrario, el Dios vivo es su verdadero defensor, su testigo y su redentor.

Te conocía sólo de oídas,  
pero ahora mis ojos te han visto.

(Job 42, 5).

El Dios conocido de oídas, la imagen doctrinada, era un ídolo manipulable, un repartidor de premios y castigos, los que los hombres querían asignar. A este Dios se le podía imponer las normas de la virtud, los criterios de la justicia y el arte de crear y de salvar. Ese no era Dios. Ante el Dios conocido de vista Job cae en adoración, para recibir de él la justicia y la vida. No estaba tan lejos de él, cuando le andaba buscando.

Con esa diáfana luz de mediodía, Job termina por conocerse también de nuevo a sí mismo. ¿Era tan justo e inocente como él pretendía? ¿Era tan sospechoso como pensaba el satán o tan pecador y castigado como decían sus amigos?

Cuando mira todas las cosas desde la perspectiva de Yahveh, Job comprende y confiesa que estaba tergiversando sus designios, que había hablado de él con arrogancia, que se había obcecado en su propia justicia. Cuando, al fin, le conoce de vista, se postra en actitud penitente y se queda en

silencio. Lo que en realidad da consistencia a su justicia no es la defensa que él pueda hacer de ella, a costa de la de Dios, sino la que Dios le reconoce y le otorga, declarando que ha hablado bien de él. ¿Cómo habló bien de Dios el que los amigos tenían por blasfemo? En la denuncia del ídolo que ellos adoraban, y en la búsqueda arriesgada y tenaz del Dios defensor de los hombres, sin el cual no podía vivir. Al fin de su itinerario, Job tuvo el bien en plenitud, porque había luchado contra el mal hasta sus niveles más profundos.

¿Cómo queda, después de eso, el problema del mal? Algunos hacen desmerecer la aportación de este libro, porque no ve su solución con la perspectiva de futuro y de otra vida como lo ve, por ejemplo, el mensaje del nuevo testamento. Pero, ¿se ha de limitar la visión de horizontes infinitos a una futurología de términos formales? ¿Qué valor tiene, entonces, la esperanza en un Dios testigo, defensor y redentor de los hombres?

Pese a eso, el libro de Job, hay que reconocerlo, deja el mal sin explicación satisfactoria. Si el asunto del mal es sólo problema noético, el libro de Job se puede considerar decepcionante, aún cuando presente, por la boca de los personajes que intervienen en el drama, cuanto los sabios de Israel supieron decir de ese problema. Pero, ¿cuándo un problema eterno, y el del mal es el más grande, tuvo nunca una explicación, que lo hiciera considerar como resuelto?

Lo de menos en el mal es seguramente lo teórico-noético. Lo verdaderamente importante es lo dinámico, la praxis de la lucha para desenmascararlo y denunciarlo, para evitarlo y vencerlo, y, en último caso, para asumirlo como la arena en donde el hombre debe probar su temple y hacerse. Ese es también el lugar en donde el hombre puede encontrarse con el creador y salvador. ¿De dónde, sino, que no sucumba ante una fuerza tan arrolladora como la que el mal despliega en el mundo? ¿Cómo es que no se da por vencido ni desespera de vencer? Job es un buen testigo de esa praxis de lucha. Sus ojos buscaron y encontraron la fuente de la energía que ayuda a vender todo el mal.